

# Fiesta mayor en el Ateneo de Madrid

Una de las instituciones culturales privadas más prestigiosas de España cumple 175 años en medio de la crisis, la falta de medios y la voluntad de crecer.



## INCITATUS

**M**e hice del Ateneo porque me lo mandó mi hermano **Paco**, así, como suena. Tres años va a hacer. Me avergüenza un poco admitir que fue ése el único motivo; en la declaración que hay que incluir en el papeleo de admisión derramaba yo frases patrióticas, trémulas, empíreas, ubérrimas, ínclitas y todas esdrújulas, o sea a lo **Rubén Darío**, que le va tan bien al edificio, porque en el fondo sabía que mi corazón ha sido siempre ateneísta y que el hecho de que no me hubiese apuntado antes se debe nada más que a mi mal combatida desidia.

Pero aquella vez me lo mandó mi hermano **Paco** y ahí se acabó la discusión, porque quienes le conocemos sabemos muy bien que a **Paco** no hay forma humana de llevarle la contraria en según qué cosas; y también tenemos claro, por la cuenta que nos tiene, que la última vez que a **Paco** se le metió algo entre ceja y ceja y no lo consiguió, pues todavía había en España servicio militar. Y se hacía con lanza. Así que mejor era no enredar: nos apuntamos al Ateneo toda la familia; fundamos **Ágora**, que era lo que **Paco** quería, y a otra cosa.

Ahora cumple la institución sus primeros 175 años de vida, y lo celebra como se hacen siempre allí las cosas: de una manera febril, romántica y algo atropellada, lo cual es casi inevitable en una casa que sintetiza como ninguna otra el carácter español de los últimos dos siglos y que, si a ello vamos, se fundó en realidad tres veces.

La primera fue en 1820, cuando el general **Rafael del Riego** se sublevó en Cabezas de San Juan contra el mal bicho de **Fernando VII** y propició que España viesse el breve y centelleante amanecer del Trienio Liberal, uno de los muy contados

oasis de democracia que ha vivido nuestro país en su historia contemporánea.

A los españoles nos sucede que, cada vez que se nos cumple un sueño, pensamos que es para siempre, y así los liberales de entonces (que eran liberales de verdad, no como estos que ahora se han apropiado del nombre y que habrían apoyado, al menos muchos, a **Fernando VII**) empezaron a hacer planes convencidos de que la libertad había llegado para quedarse porque, como decía la Constitución de 1812, los españoles eran, por definición, "justos y benéficos".

Así que inventaron, en 1820, el Ateneo Español, que fundó **Juan Manuel de los Ríos**. La voluntad, en aquellos apasio-

nados años, era la que ha sido siempre y la que permanece hoy: crear un espacio para la cultura, el estudio y el debate que fuese vivo, librepensante, independiente de los oleajes políticos y, por lo tanto, laico.

El primer intento no salió bien. Tres años después, los Cien Mil Hijos de San Federico (¿o eran de San Luis? Uh, cómo tengo la cabeza) devolvieron el látigo al vengativo **Fernando VII**, la democracia española se fue a hacer gárgaras y el Ateneo se fue a Londres. Esa pudo ser la segunda fundación.

La tercera y definitiva es la de 1835. Ya se había muerto el **Deseado** y en España soplaban vientos políticos sólo un poco menos invernales, con la correspondiente guerra civil (la primera carlista) bullendo en el norte. El Ateneo renació con más ímpetu. Al del tenaz **De los Ríos** se unieron los de memorables liberales como el enorme (en todos los sentidos) **Salustiano de Olózaga**, el duque de **Rivas**, **Alcalá Galiano**, **Francisco Fabra**, **Ramón Mesonero Romanos** y varios más. Para hacerse una idea del carácter que tuvo entonces y que ha tenido siempre la institución, baste saber que el socio número 1 del registro fue **Mariano José de Larra**. Siempre he creído que lo apuntaron a él porque no pudieron inscribir a **don Quijote**.

## Un lugar para perderse.

Fijense, por favor, en esa lista de fundadores. Casi todos eran masones, como lo habían sido el general **Riego** (el del himno famoso) y el también general **Evaristo San Miguel**, alma del Trienio Liberal. Es curioso esto. La actual sede del Ateneo está en la calle del Prado: es un edificio (dos, en realidad) que por fuera parece poquita cosa pero que, tras las terribles escaleras de la entrada, revela su condición de inmenso laberinto en el que uno puede perderse con toda facilidad, y en realidad hará muy bien, porque merece

## Retórica y vexilología

*El Ateneo funciona, en lo esencial, gracias a tres clases de grupos humanos: las Secciones, las Agrupaciones y las Tertulias. Algunas son de muy reciente creación, como la bullente **Ágora** que preside ahora **Carmen Serrano**, pero otras llevan ahí, indoblegables, desde quién sabe cuándo. Y hay para todos los gustos. Con la tertulia política y la republicana convive la de Pensamiento marginal. Junto a las secciones de Filosofía, Literatura o Ciencias Históricas, puede uno apuntarse a la de Yoga o a la de Mitos, Religiones y Humanidades, todo junto. Y cómo no pertenecer a una institución que tiene una Agrupación de Estudios Vexilológicos, Heráldicos y Genealógicos, y otra nada menos que de Retórica y Elocuencia.*





Joya. La bellissima biblioteca del Ateneo de Madrid.

la pena. A poco que uno se fije, y que sepa de estas cosas, encontrará simbología masónica casi por todas partes. Es lógico. La antigua hermandad estuvo presente, durante los últimos 200 años, en todos los cabezazos que la libertad dio para hacer saltar la pesada losa de la intolerancia, la tiranía y el nacionalcatolicismo, y el Ateneo fue siempre un refugio de librepensantes.

Lo sigue siendo hoy. Hace pocos días, la agrupación ateneísta a la que pertenezco -Ágora- convocaba un acto para reclamar, una vez más, un espacio laico de convivencia ciudadana frente al creciente empuje totalizador de las religiones. Es decir, más o menos la misma idea que inspiraba a los ateneístas de hace 175 años. ¿Sabían ustedes quiénes hablaron en aquel acto, que llenó por completo la sala Úbeda de la gran casa? Pues **Joan Francesc Pont** y **Jordi Farre-rans**, dos de los más importantes miem-

bros de la masonería liberal y adogmática que hay hoy en España. Sobra decir que entre el público abundaban los masones de todas las *obediencias* o sectores actuales.

Lo mismo sucede en la célebre galería de retratos de la primera planta del edificio; es un museo de pintura desde el que miran al visitante decenas de severas cabezas -algunas no tan severas- que han presidido la institución en estos 175 años. Y es que por el Ateneo Científico y Literario de Madrid han pasado *todos* los premios Nobel que ha habido en España, seis presidentes del Gobierno y las generaciones enteras del 98 y del 27.

El Ateneo, que hoy preside **Carlos París**, tiene, cómo no, problemas. El primero, la falta de medios, un mal crónico en la vida cultural española porque, en tiempos de crisis, ya se sabe por dónde empiezan siempre los recortes. El segundo, un concepto de la democracia

interna que me gustaría llamar extremo, porque ya se sabe que los españoles pretendemos hacernos con la batuta allí donde nos encontremos, sea el Congreso de los Diputados o una asociación de vecinos, y el Ateneo no es una excepción: nos pasamos la vida votando. Yo he votado por mi hermano Paco, en sólo tres años, más veces que por ninguna otra persona en toda mi vida, y tengo la sensación de que tan frenética renovación de cargos, juntas y presidencias no siempre deja que el asunto funcione como es debido.

El tercer problema se está resolviendo ya. Tras largos años de aislamiento y titubeos, el Ateneo vuelve a estar en el mapa cultural de Madrid. De nuevo *hay que ir* al Ateneo para presenciar determinadas cosas importantes. Aunque el micrófono del salón de actos no funciona casi nunca. Pero tampoco funcionaba cuando Larra. Qué pasa por eso. ■